

6. El segador



Los que hablan de la despoblación de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados a la benéfica mano de la agricultura, seguramente no han visitado, ni aun de paso, el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, o como las hojas de los árboles, según el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rías deliciosas, y en las cumbres y valles de sus frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaría cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos, los hogares a cuyo alrededor se sientan con sus padres diez o doce robustos renuevos a comer la *conca* de caldo o leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase a esto que las poblaciones se tocan unas a otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrías que sufre el



país, con sólo media docena de años que la gente se estancase, no cabrían de pie, como suele decirse.

Afortunadamente, Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algún tercio sobre sus anchos y fornidos lomos; de allí, gran parte de los criados de almacén que se emplean en los comercios; de allí, porción no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí, finalmente, una nube de trajineros y un enjambre de segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan a coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado, desde tiempo inmemorial, el trabajo de despojar a Castilla de sus mieses y enviarlas a la faena de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediamente la misma tarea, esto es causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigración a aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo más corto que el de la siega.

Por abril y mayo sale el segador de su casa y en agosto y septiembre da la vuelta, al paso que los demás gallegos que a otras preocupaciones se dedican, suelen salir por tiempo indeterminado y sólo vuelven a su país con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez más positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea a aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre país ajeno y lo poco que a costa de su ímprobo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y a la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, según dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen a costas de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurrón de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalón y chaleco de la misma tela que la camisa



y unos zuecos o zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va a la siega.

Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, símbolo de su oficio, y, más que todo, un aire desmazelado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad o la malicia la que predomina, y unos miembros en que, bajo cierta languidez aparente, se esconden fuerza y vigor no pequeños.

Con todo, segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando a la parte con sus compañeros, de algún objeto de comercio como son: lienzos, jamones o pescado seco, lo cual suele ir en alguna *haca galiciana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al Caballero de la Triste Figura; y que a su vez es también artículo de especulación. Los gallegos que van a Extremadura suelen introducirse en Portugal; y los que se encaminan a las dos Castillas echan en derechura por el Bierzo. De éstos, los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aún por lo común, se ven obligados por sus compañeros a echar una piedra más en el montón inmenso que tiene la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadón y desde el cual a un tiempo se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan a la espalda. Semejante uso que sin duda viene de los peregrinos que en los siglos medios iban a visitar el sepulcro del Apóstol Santiago por el camino francés, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay por qué nos detengamos a contar los incidentes de éste, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes a los sitios donde tienen que meter su hoz en mies ajena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traían desde su tierra, y luego, con todo desembarazo y buen ánimo, entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras, donde no hay un árbol a cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los labios, es



insuportable el calor en mitad del día; pero el segador, atento a dar pronto remate a su trabajo si ha ajustado por alto, y aguijoneado por el amo si siega a jornal, hace poco caso de los rayos del sol y, mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, así como también en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas a la era.

Hay en El Escorial, en la habitación dicha de “las amas de cría”, un tapiz cuyo cartón se atribuye a Goya, y que representa una francachela de segadores gallegos que han dado ya fin a su trabajo. A la derecha, uno de ellos, que por la estólida alegría de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caídos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino en medio de la risa de todos. Hacia el medio, una mujer de agraciado aspecto está dando la papilla a un niño que la mira con un gesto lloroso, difícil y regañón. A la izquierda, un viejo duerme la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono.



Este tapiz, que como todos los de aquel eminente pintor descuellan por la chispa, verdad y excelente composición, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los segadores por conclusión de sus fatigas, siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegría sólo con dejar correr por su parte durante unos minutos la espita de una cuba. Esta es condición precisa, pues si le ha de costar el dinero, el segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yermo.

Por fin, tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio, saca el segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blanco, su cutis algo más tostado, su bolsillo algo más cargado, y, como es de presumir, el ánimo algo más cuidadoso con el amor de aquellos maravedís a tanta costa granjeados, y a los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie o en equivalencia a su patria de adopción. Porque, en efecto, con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaución le parece poca para conducirla a puerto de salvación. Le hemos visto llegar a Castilla dos a dos y tres a tres, como gente a quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatárseles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor además para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, o de los caballeros de Diana, según los apellida Shakespeare; pero a la vuelta, los aficionados a ver la cara del rey tienen ocasión de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el segador, muy aficionado también por su parte a la numismática. De aquí el juntarse cuadrillas numerosas que muy a menudo suelen elegir por capataz una persona de experiencia muy ducha en la vida de los caminos; de aquí reducir siempre a oro o plata por lo menos su corto caudal; de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo, ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla a los botones, ya entre el tamo de las esquinas del chaleco; y de aquí, finalmente, cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al más hábil forjador de novelas.

Por fin, atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca a su desenlace llega a cobrar más interés. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadón, es decir, los llanos extendidos de Castilla; en ellos, en efecto, a favor de lo abierto del terreno, pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados a la desarmada y tímida cuadrilla y desvalijarla impunemente.

Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue a la mayor parte de las provincias de España, y, por otro lado, la humildad de los oficios que fuera de su país desempeñan y la



condición dependiente en que por lo general viven, no contribuyen a desatar este doble germen; pero la poca resolución que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra extraña. Así pues, todo su afán es salvar los puertos, verse por lo menos en las orillas del Sil y del Borgia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos, figúrese cualquiera si el segador llevará alas en los pies.

Las marchas son, con efecto, forzadas de todas veras, y llegan a hacer una diligencia increíble. Este pavor y ansiedad continua producen a veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un río han dejado ahogar a un compañero, de miedo de llegar tarde a su socorro y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los días se observa que el que enferma por el camino queda abandonado a la caridad ajena. El único obsequio que le hacen sus camaradas es recogerle el dinero para entregarlo a su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece más temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga o seguir la pista al pobre segador, hasta llegar al paraje más conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan a semejantes lances, así como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre segador para guardar sus amados maravedises de aquellos ojos de lince y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de comprender es cómo veinte o treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda.

No hace mucho tiempo que una de estas desdichadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desemblantada y cadavérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la fechoría.

—Pero, hombres —les dijo un vecino—, ¿de dos pícaros nada más os habéis dejado maltratar?

—Ya vei, señor —respondieron ellos—, como veniamus solus, nus encogimus.

Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energía moral de estas pobres gentes, a quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Así es que este robo se tiene por de calidad más vil y ruin que todos los demás, y de



Chafandín¹⁰³, que era en su tiempo el Robin Hood, o Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.



Afortunadamente, no siempre acontecen tales desventuras, y lo más común y ordinario es llegar nuestros segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebadón. En cuanto pasan de La Bañeza, las cuadrillas, hasta allí unidas y compactas, comienzan a aflojarse y esparcirse, y los más cansados a rezagarse, de manera que el camino viene a ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto y a la cabecera de la fresca encañada de Molina, hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solían dejar los segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devoción. En el día ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo, por más vecina de su país y posesionada de más antiguo, suele ser la villa de Ponferrada el paradero de sus capitales.

El mes de agosto es el más animado del año por el sinfín de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente

¹⁰³ Famoso bandolero del siglo XVIII, que sembró el terror en Cantalpino y por tierras de Salamanca y Zamora, fue matado por su propia cuadrilla en 1801. Ilustración de Esquivel, *Bandoleros*, h. 1830 [N. del ed.].



notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real. Los soportales de la plaza se llenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodón y se extienden bayetas de diferentes colores, junto con buen repuesto de sombreros portugueses o del reino, que son los artículos más del gusto del segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelo de color a la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega a la media grana y del algodón pasa a la seda, pero tan galán proceder raya en prodigalidad y encuentra, por consiguiente, pocos imitadores entre esta económica gente.

El general más prudente y previsor no reconoce con más escrupulosidad el campo en que va a dar la batalla que el segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, después de muchas idas y venidas, después de mucho mirar y remirar el género y cotejarlo en su imaginación con el del comercio vecino, se resuelve a dar el salto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad que si buen dinero gana, buena paciencia le cuesta, porque contar todas las tretas, ardidés y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo más barata, sería cosa de nunca acabar. Por último, al cabo de infinitos dares y tomares se cierra el trato, y entonces es ver salir del forro del sombrero algún escudito de oro de veinte reales, unas cuantas pesetas de a cinco envueltas en trapito que dejan un rincón de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo, y de las cuales, aunque bien empleadas, no dejan de despedirse con pesadumbre.

Después de tan importante operación, templá el paso el segador y hace con descanso el resto de su viaje. Si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado a la espalda dentro de su saco blanco.

El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van a perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, a la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo



viene a dar por fruto abundante número de otros nuevos segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán a mal privemos, o por mejor decir, libremos a nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

Los españoles pintados por sí mismos, tomo II, pp. 75-80, 1843.



